

Pueblo 2-XI-76

# LA ESPAÑA DIFERENTE

**C**ADA día nos trae un golpe a la España diferente, que ha sido durante años la coartada de nuestro folklore nacional. Prácticamente tenemos los mismos partidos políticos que en todas partes y no nos perdona ni la Lockheed. Debemos pensar que nuestra diferencia no era más que subdesarrollo y las fieras imágenes de nuestro orgullo numantino, nada más que un producto de nuestras carencias. Todavía se sigue citando a Machado para recordarnos que media España le va a helar el corazón a la otra media, con lo que el célebre poema se convierte en cita obligada de todas las derechas y entra en la subcultura de la nostalgia. Nuestras huelgas son tan salvajes como en cualquier otro sitio y nuestra Universidad tan conflictiva como en el mayo francés del 68. Nuestro petróleo es tan caro como en la Europa de los sucesivos milagros económicos y a nuestro cine le sienta bien la libertad, incluso a nivel de taquilla. Nuestros obreros se integran a las sociedades industriales con tanta facilidad como nuestros empresarios entran en los



clubs internacionales. Estamos asistiendo a los mismos reagrupamientos políticos que en 1945, a la salida de la guerra, se hacían más allá de nuestras fronteras. Nuestro encastillamiento no nos ha servido de nada. Repetimos los mismos pecados que en otros países y seguimos sin escarmentar en cabeza ajena. La pluralidad sindical se impone con la misma indefectible necesidad con que nuestros hombres públicos se incorporan al lenguaje homologable de la democracia. No tenemos, como la realidad demuestra cada día, soluciones españolas para los problemas universales. La reciente huelga de

Correos y la todavía caliente de los transportes públicos ha podido ocurrir en Italia o en Inglaterra. El bikini llegó con idéntica inexorabilidad que las primeras traducciones autorizadas de Marx. Si tenemos aumentada nuestra ración de terroristas es la consecuencia de creernos diferentes, durante tanto tiempo. Con más o menos precisión tenemos nuestro Willy Brandt, Servan-Schreiber y Aldo Moro. Nuestro problema no es nuestra proyección cósmica, sino el estado de nuestra balanza de pagos y la socialización del crédito. Nuestras ciudades se ahogan en la misma población que por ahí fuera, y la circulación rodada en Madrid es tan penosa como en Roma o en París. La generosidad exhibicionista de nuestras estrellas no tiene nada que envidiar a las extranjeras, ni en superficie ni en perímetro. La corrupción económica es superponible a la europea y nuestros escándalos públicos equiparables a los suyos, mordazas aparte. ¿Por qué entonces continuar con nuestras diferencias políticas?

**COPERNICO**